



CINCO HIPOTESIS SOBRE LAS TEORIAS IMPLICITAS

ARMANDO RODRÍGUEZ PÉREZ Y ROSAURA GONZÁLEZ MÉNDEZ
Universidad de La Laguna

Resumen

Este artículo define el concepto de teoría implícita como un producto de tres tradiciones de pensamiento e investigación: en primer lugar, el enfoque fenomenológico de la sociología así como las derivaciones de la idea de representaciones colectivas de Durkheim; en segundo lugar, las aportaciones realizadas por la psicología cognitiva sobre los esquemas y, por último, la noción de sujeto ingenuo y las investigaciones sobre atribución realizadas por la psicología social. A esta definición le siguen cinco propuestas relativas a la estructura y funcionalidad de las teorías implícitas. Concretamente su parecido con otros esquemas de conocimiento social, su naturaleza implícita, su resistencia a los cambios, su incidencia en los procesos de inferencia y su relación con la cultura.

Palabras clave: Teorías implícitas, categorías, inferencias

Abstract

The implicit theory concept is defined in the present article as a product of three traditions of thought and research. First of all, the phenomenologic view of sociology, the same as derivations of the Durkheim's idea of collective representation. Secondly, the contributions carried out by cognitive psychology about schemata. Thirdly, the layman notion and research about attribution drawn out by social psychology. This definition is followed by five proposals related to the structure and functionality of implicit theories. Namely, its similarity with other schemata of social knowledge, its implicit nature, its resistance to change, its incidence in processes of inference and its relation to culture.

Key words: Lay theories, categories, inferences

De unos años a esta parte¹ están apareciendo distintos estudios sobre las teorías implícitas en varias revistas de psicología. Para los psicólogos poco familiarizados con los nuevos conceptos acuñados por la psicología de la cognición social, este término se identifica con la tradición de Kelly. Sin embargo, aquella descripción de las relaciones aparentemente estáticas y estables entre diversos rasgos de personalidad sólo se relaciona parcialmente con este concepto.

(1) Estas reflexiones fueron escritas en 1986 y se han mantenido inéditas hasta el momento. Salvo ligeras modificaciones, se presentan ahora tal y como fueron elaboradas en aquella fecha.

El origen de lo que ahora se denominan teorías implícitas se encuentra, más bien, en las ideas de Heider sobre las interpretaciones ingenuas y en el interés actual por conocer los sistemas de pensamiento del hombre de la calle. Ciertamente es, que ese súbito interés por las creencias ha dado lugar a una profusión terminológica -teorías ingenuas, teorías espontáneas, teorías intuitivas, teorías causales, representaciones sociales, etc.- que no facilita precisamente su comprensión. Esta avalancha de nuevos conceptos responde también a la reactivación de tres importantes tradiciones de pensamiento e investigación. La primera corresponde a la tradición sociológica y psicológica europea que, desde principios de siglo, se interesó por las representaciones colectivas (Durkheim, 1898), la acción significativa (Weber, 1922), las representaciones individuales del mundo (Piaget, 1926), la construcción significativa de lo social (Schutz, 1932) o, en su sentido más moderno, las representaciones sociales (Moscovici, 1981).

La segunda remite a la Psicología Cognitiva y, especialmente, a sus aportaciones sobre los esquemas tal como los entendía Bartlett (1932) y los teóricos posteriores a 1975 (Minsky, Rumelhart...) que rechazaron la posición atomista de las representaciones mentales adoptando un enfoque integral. En este sentido, se entienden los esquemas como procesos y estructuras mentales relativamente inconscientes que sustentan los aspectos molares de las actitudes y conocimientos humanos.

La tercera se refiere al dilatado y no menos desordenado campo de la atribución social. Más en concreto, a las investigaciones encaminadas a determinar si el proceso atribucional es un automatismo implícito en el proceso de comprensión humano o, por el contrario, exige la presencia de ciertas condiciones (Kintsch, 1974; Smith & Miller, 1983).

Este artículo se propone contribuir al desarrollo conceptual de las teorías implícitas mediante la formulación de cinco hipótesis relacionadas con su estructura y funcionamiento. Como punto de partida, adoptamos una definición de teoría implícita cuyo espacio semántico se sitúa en la confluencia de las tres tradiciones de pensamiento comentadas, esto es, como unidades representacionales complejas y relativamente inaccesibles en cuanto teorías, que incluyen multitud de proposiciones, organizadas en torno a un dominio concreto del mundo social. Además, dado que las teorías implícitas son una forma de conocimiento específico que orienta la comunicación y comprensión del medio social, material e ideal (Jodelet, 1984) y son el producto de influencias culturales, configuran un tipo singular de representación social.

HIPOTESIS 1. Las teorías implícitas son estructuralmente parecidas a otros esquemas de conocimiento social

El procedimiento más sugestivo de cuantos se están empleando para estudiar la estructura interna de las teorías implícitas es el utilizado por Rosch (1973, 1975) para el estudio de las categorías naturales. La técnica concreta -escala de puntuación-, aunque ha sido usada habitualmente en psicología, permitió a esta autora rebatir el concepto clásico de categoría. Hasta no hace mucho, se consideraba a las categorías como entidades perfectamente delimitadas y diferenciadas. Sin embargo, en el modelo defendido por Rosch, los miembros de una categoría no comparten universalmente ningún atributo, sino que algunos de estos miembros comparten ciertas características. La pertenencia categorial de un elemento deja de ser una cuestión de todo o nada y asume el criterio de grado. Aquellos miembros cuyos atributos coincidan con los de otros miembros de la misma categoría y difieran de los atributos de otras categorías de contraste tendrán un mayor parecido familiar y, consecuentemente, representarán mejor una categoría determinada, es decir, serán más típicos. La noción de grado y de estructura difusa convierte al prototipo en el auténtico punto de referencia de la categoría.

La aplicación de este modelo a las teorías implícitas cuenta en la actualidad con varias experiencias concretas con resultados favorables (ver Rodrigo, Rodríguez y Marrero, 1994). Una de las primeras, estudió las creencias sobre la capacidad laboral de las mujeres (González y Rodríguez, 1985). En ella se exploraron las distintas concepciones existentes sobre la mujer y el trabajo a través del análisis de numerosos materiales. En este primer paso se anotaron aquellos enunciados que reflejaban dicha relación. Tras varias sesiones de grupo con personas de distinta procedencia social se conformó un cuadernillo con más de un centenar de frases explicativas empleadas habitualmente en el lenguaje coloquial. Algunos ejemplos de dichos enunciados fueron: "La mujer que trabaja no garantiza su presencia en casa al llegar su marido y sus hijos"; "La mujer que trabaja le está quitando el puesto de trabajo a algún padre de familia"; etc.

Tras seleccionar aleatoriamente seis grupos de algo más de 20 personas, se proporcionó a cada uno un prototipo de una de las seis teorías hipotéticas -tradicional, progresista, liberal, biológica, psicológica y educacional- que, en opinión de los investigadores, representaban las concepciones existentes en la sociedad. A continuación, se les pidió que juzgaran la similitud de las 124 proposiciones con el prototipo en una escala de 0-7 (González y Rodríguez, 1985).

Del análisis de las respuestas se obtuvieron dos índices por cada proposición y teoría. Uno de tipicidad (0-7), de acuerdo con el procedimiento de Rosch, y otro de polaridad. De este modo, conocíamos: a) el lugar que ocupaban las proposiciones respecto a las seis teorías; y b) si estas eran exclusivas de una teoría particular (polaridad igual a +1), igualmente representativa de dos o más teorías (polaridad igual a 0) o típica de una teoría diferente a la analizada (polaridad igual a -1). Por ejemplo la frase: "La mujer que trabaja dentro y fuera de su hogar se siente más persona y más libre" resultó ser muy típica (6.64) de la teoría liberal según la cual la mujer debe compaginar la labor de ama de casa, esposa y madre con el trabajo remunerado. Asimismo, las puntuaciones de polaridad indicaron que era muy típica de la teoría liberal (+0.61), pero también de la teoría progresista que no admite la prioridad del trabajo doméstico (Tip.= 5.2; Pol.= +0.36). Finalmente, no guardaba relación con las concepciones tradicional (Tip.= 1.1; Pol.= -0.34), biológica (Tip.= 1.9; Pol.= -0.19), psicológica (Tip.= 0.95; Pol.= -0.36) y educacional (Tip.= 2.6; Pol.= -0.07).

Como en el caso de las categorías naturales, el resultado de esta investigación demostró que los enunciados causales varían en similitud con el planteamiento global de cada teoría dando lugar a una gama de valores indicativa de su bondad para representarla. Otra investigación pionera en esta técnica es la de Triana y Rodrigo (1985) sobre el concepto de infancia. En ella se aportan pruebas complementarias de la fidelidad de las proposiciones a sus teorías. En este caso, las autoras encontraron diferencias en el tiempo de procesamiento de cada proposición, en virtud del índice de tipicidad respecto a cada teoría.

No obstante, esta similitud en la organización interna entre teorías y categorías se interpreta de manera diferente. Por un lado, la organización interna de contenidos y representaciones sobre distintos dominios de conocimiento no tiene el propósito funcional de organizar el mundo, de acuerdo con la estructura correlacional objetiva. Su función es facilitar al hombre de la calle el acceso rápido a explicaciones plausibles de cualquier acontecimiento. En este sentido, la disminución en las puntuaciones de tipicidad y polaridad a medida que descendemos en la escala posee un valor heurístico insospechado. Entre otras razones, porque la ausencia de límites bien definidos entre las teorías hace que diversas explicaciones causales, correspondientes a una teoría, sean lo suficientemente ambiguas como para ser utilizadas por personas con concepciones diferentes. Como apuntan Moscovici y Hewstone (1984), "una ambigüedad que se resuelve en el contexto de la comunicación social constituye una ventaja, ya que permite una mayor economía en el enunciado y una mayor libertad de interpretación contribuyendo así a potenciar y flexibilizar el pensamiento" (pág. 699). Por otro lado, la naturaleza inconsciente

y espontánea de los procesos explicativos hace que los individuos interpreten los acontecimientos de su entorno con aquellas proposiciones que más rápidamente emergen a su conciencia, sin necesidad de contrastarlas con las proposiciones prototípicas de su teoría. Finalmente, es evidente que las categorías poseen un componente normativo socialmente sancionado del que carecen las teorías implícitas. Estas últimas, por su parte, se basan en procesos atribucionales de escasa base sensorial y están más ligadas al substrato cultural y a la experiencia personal, lo que conlleva una mayor variabilidad interindividual y transcultural. Por ejemplo, la frase "En determinadas profesiones, la mujer tiene dificultades por su misma naturaleza biológica" podría ser suscrita por una persona que compartiera cualesquiera de las seis concepciones que encontramos en la sociedad española. Sin embargo, se ajusta mejor a la concepciones biológica y psicológica. Igualmente, el "murciélago" podría clasificarse en dos o más categorías (en un estudio normativo realizado por Rodríguez en 1981, dicho elemento obtuvo un índice de 2.44 en la categoría mamífero y 2.90 en la de ave). No obstante, es evidente que percibimos los dos casos como diferentes (el argumento más fuerte es que el murciélago es un mamífero).

En consecuencia, aunque existe cierta similitud estructural entre categorías y teorías implícitas, y los resultados sugieran la existencia de procesos comparables, es obvio que no podemos postular una identidad total entre estas dos unidades representacionales.

HIPOTESIS 2. El carácter implícito de estas teorías se refiere tanto al conjunto de proposiciones como a su organización interna

Hemos visto que, a nivel representacional, las teorías configuran una red de proposiciones organizadas jerárquicamente en función de su tipicidad o representatividad. Ahora bien, ¿son las personas conscientes de la existencia de esas teorías y, en caso afirmativo, están enteradas de las relaciones internas entre las proposiciones?

Nuestra hipótesis es que los individuos disponen de teorías que, como en el caso de la ciencia, les proporcionan los conocimientos adecuados indispensables para lograr alguna forma de ajuste a su medio. En ciertos casos, esas teorías se manifiestan abiertamente, es decir, las personas reconocen la conexión entre sus creencias y la interpretación que realizan de un evento cualquiera. Se trataría, por tanto, de teorías explícitas, conscientes para el individuo. Sin embargo, lo normal -a menos que practiquemos sistemáticamente la introspección- es que la mayoría de nuestras teorías sean implícitas, que nuestras descripciones e interpretaciones nos parezcan un simple reflejo de la realidad, que tengamos la impresión de ser receptores ingenuos de la información social.

Este relativo desconocimiento de las teorías que mantenemos y de los filtros a través de los cuales percibimos el mundo, deriva de la sensación de evidencia que generan los procesos de atribución y explicación: son espontáneos y parcialmente inconscientes; no requieren ningún esfuerzo, ni suponen una sobrecarga cognitiva; y conducen a conclusiones parecidas en aquellas personas que participan de una misma subcultura y comparten grupos de referencia. En síntesis, los individuos entienden el mundo a través de sus teorías y no mediante el análisis de la teoría en sí (Wegner y Wallacher, 1981).

Por otro lado, es de sentido común que si admitimos el desconocimiento por parte de los sujetos de los aspectos sustantivos de sus teorías implícitas, aceptemos su ignorancia respecto a las relaciones internas entre proposiciones. O lo que es lo mismo, el proceso de descubrimiento de una teoría, no le garantiza al individuo la comprensión de su estructura sintáctica. Se trata no sólo de una incapacidad para discriminar con precisión si las relaciones entre proposiciones es espacial (Minsky, 1975), temporal (Shank y Abelson, 1977), causal (Read,

1983) o simplemente correlacional (Medin, Altom, Edelson y Freko, 1982), sino de insensibilidad para captar incluso la existencia de alguna lógica entre los distintos enunciados de una misma teoría. Moscovici y Hewstone (1984) apuntan, en este sentido, que el hombre de la calle se interesa extraordinariamente por los descubrimientos científicos, pero propende a ontizar las relaciones lógicas presentes en toda noción científica, a conferirle el estatus de sustancia. Añaden, para ilustrar esta idea, lo que ocurre con la noción psicoanalítica de complejo de Edipo: "para un número relativamente elevado de personas (ese complejo) no significa una relación entre padres e hijos, una idea dentro de una teoría, sino que está relacionado, por el contrario, con un objeto psíquico" (pág. 698). Ciertamente, y desde una perspectiva cognitiva, esto supone un considerable ahorro para el procesador humano, pero también dificulta la elaboración de estrategias encaminadas a descubrir la trama de relaciones que configuran su propio sistema de creencias.

HIPOTESIS 3. Las teorías implícitas son relativamente estables y resistentes al cambio

Una de las propiedades sobresalientes de las teorías implícitas es su capacidad para sobrevivir a evidencias críticas sin volverse inútiles o disfuncionales. Durante muchos años, esta resistencia se explicaba acudiendo a factores externos como, por ejemplo, los filtros que imponían los grupos de pertenencia y de referencia; y a factores que invocaban la limitación de los recursos atencionales, como es el caso de la atención selectiva. No obstante, a partir de los últimos descubrimientos sobre la cognición humana pueden sugerirse otras claves explicativas. Una primera clave radica en el hecho de que los individuos interpretan los eventos acudiendo a aquellas proposiciones causales de sus propias teorías que mejor los explican. Sin embargo, esto no quiere decir que las personas dispongan de enunciados causales acerca de todo lo que acontece. Se trata más bien del resultado de dos fenómenos que coinciden en el tiempo. Por un lado, la mayor parte de la información que desemboca en nuestros receptores sensoriales es polisémica. Por otro, las ideas causales sobre un dominio cualquiera son compartidas, en algún grado, por dos o más teorías. En consecuencia, es inevitable que un mismo evento pueda explicarse con enunciados correspondientes a distintas teorías y que, por tanto, contribuya a respaldarlas.

La segunda clave que sugerimos, abre la posibilidad de que el significado de las proposiciones de una teoría cambie por efecto del contexto. Esto contribuiría a evitar que quedaran desfasadas o que fueran rebatidas. En este sentido, son interesantes las investigaciones sobre el efecto que tiene el paso del tiempo en la modificación del sentido de nuestras explicaciones. Miller y Porter (1980), y Lau (1984), por ejemplo, han descubierto la importancia de ese factor en los juicios sobre nuestra propia conducta. Al difuminarse con el paso del tiempo la relevancia y viveza cognitiva de ciertos datos, y perder importancia para las personas el sentimiento de autonomía y control, se tiende a incluir más factores situacionales que personales en las interpretaciones que se hacen de los acontecimientos y comportamientos pasados.

La tercera clave, se deriva del ajuste de los individuos a un principio de verificación, esto es, a la búsqueda de confirmación directa de sus creencias más que de su rechazo, incapacitándose así para atender y sacar provecho de la información no confirmatoria. Numerosas investigaciones ilustran cómo los individuos procesan la información empleando estrategias que confirman sus concepciones. Swann y Read (1981), por ejemplo, demostraron que los sujetos atendían y recordaban mejor la información que confirmaba que aquella que contradecía sus propias concepciones. Markus (1977) y Shrauger & Lund (1975) encontraron que, cuando las

personas recibían datos incongruentes con sus creencias, tendían a interpretarlos de modo que disminuyese su impacto. Otros resultados más dramáticos demuestran cómo los sujetos influidos por sus concepciones siguen ciertas pautas de conducta que confirman las propias expectativas (Rosenthal & Jacobson, 1968; Snyder y Swann, 1978).

Por último, otra clave que apoya la estabilidad y persistencia de las teorías es que con el tiempo llegan a ser independientes de los datos que las generaron. Normalmente, las teorías, una vez cristalizadas, adquieren suficiente autonomía como para mantenerse al margen de los datos que la produjeron incluso cuando éstos han sido débiles e inconcluyentes. Tanto es así, que la aparición de nuevos datos contrarios a los primeros no se ponen en contraste con ellos, sino que se reinterpretan desde la teoría ya elaborada. Consecuentemente, la teoría se vuelve no falsable, inmune a sucesivas confrontaciones y contrastes. El modelo propuesto por Ross, Lepper y colaboradores (Ross, Lepper & Hubbard, 1975; Ross, Lepper, Strack & Steinmetz, 1977) señala que este efecto está mediatizado por la generación de explicaciones causales. En otras palabras, una vez activada cierta explicación causal los hechos pasan a ocupar un segundo plano.

No obstante, todos los argumentos expuestos en este apartado merecen una matización, ya que no pueden aplicarse sin más a todas las teorías. Es evidente que la resistencia al cambio dependerá del nivel de organización interna, del modo en que se adquirió, de lo sensible que sea a la información no confirmatoria e, incluso del nivel de tipicidad de las proposiciones afectadas por la información incongruente.

HIPOTESIS 4. Las teorías implícitas constituyen un punto de referencia inevitable en los procesos de predicción y toma de decisiones

De acuerdo con Kahneman & Tversky (1972, 1973) las personas infrautilizan importantes fuentes de información tales como el tamaño de la muestra, la probabilidad previa de un suceso, etc. En su lugar emplean una serie de reglas y atajos -la representatividad y la disponibilidad- que aplican espontáneamente a los procesos de inferencia. El heurístico representatividad actúa frecuentemente en juicios de similitud y en juicios sobre el grado de pertenencia de una muestra de información a un determinado prototipo. Por su parte, el heurístico disponibilidad se emplea en los juicios sobre la frecuencia de una categoría, la probabilidad de un evento o la frecuencia de concurrencias de dos o más eventos (Sherman y Corty, 1984).

Las investigaciones realizadas en torno a esos dos conceptos, y las conclusiones obtenidas por Read (1983) sobre el efecto que ciertas teorías y esquemas tienen sobre los juicios de los sujetos, constituyen la fuente en la que se inspira esta cuarta hipótesis. No obstante, la investigación realizada por González y Rodríguez (1987) también aporta pruebas en esa misma dirección. Para dicho estudio, se seleccionaron seis grupos de sujetos, uno de control y cinco experimentales. Excepto el grupo de control, todos los demás recibieron seis proposiciones típicas de cada una de las cinco teorías sobre la mujer y el trabajo (tradicional, progresista, liberal, biológica, psicológica). El grupo de control recibió, en cambio, seis enunciados completamente irrelevantes para la tarea ("prefiere la playa al campo", "su color preferido es el azul"...). En todos los grupos se dijo a los sujetos que la información correspondía a una mujer X. La tarea experimental consistía en responder a una serie de cuestiones y dilemas laborales tal y como lo haría la mujer X.

El resultado no pudo ser más contundente. Las dos variables dependientes (respuesta y tiempo de reacción) fueron significativamente diferentes entre los grupos. Así, el grupo con mujer liberal predijo respuestas diferentes que el grupo con mujer psicológica, el grupo con

mujer tradicional pensó que esta respondería diferente a cuestiones laborales que el biológico, etc. Sin embargo, el resultado más interesante la proporcionó el grupo de control al que se había presentado información claramente no diagnóstica sobre la mujer imaginaria, pues desafiaba las conclusiones de Fischhoff y Bar-Hillel (1984) sobre el uso de las frecuencias de base. De acuerdo con estos autores, cuando los sujetos disponen de información estadística o datos base (datos descriptivos, probabilidad previa, etc.) e información diagnóstica sobre un fenómeno dado atenderían básicamente a esta última, activando lo que Kahneman y Tversky (1972) denominan heurístico de representatividad. En cambio, se apoyarían en la información estadística cuando careciesen de la información diagnóstica. Sin embargo, los resultados de nuestra investigación indicaron que los sujetos del grupo control prescindieron de los datos base -actitud y comportamiento de las mujeres en el mundo laboral- y respondieron a todas las cuestiones desde la representación de sí mismos, es decir, desde sus teorías.

El estudio del autoconcepto también nos permite extraer conclusiones extrapolables a las teorías implícitas, especialmente por lo que toca a su función referencial. Como otros esquemas, el autoconcepto cuenta con una estructura formada por listas de características y proposiciones derivadas de la experiencia del individuo. Varias investigaciones han demostrado su efecto en los procesos de memoria y organización de la información (Ostrom, Lingle, Pryor y Geva, 1980; Markus, 1977), en la evaluación de otras personas y en la toma de decisiones (Schneider, Hastorf y Ellsworth, 1979). Sin embargo, la más interesante para nosotros es la de Rogers (1981), quien sugiere que el autoconcepto es un "punto de referencia fijo" que se usa como guía en el procesamiento de informaciones nuevas. Este supuesto fue confirmado por Holioak & Gordon (1983), y Srull & Gaelyk (1983), empleando el yo y los otros como elementos de comparación con un procedimiento similar al ideado por Tversky & Gati (1978).

HIPOTESIS 5. Las teorías implícitas reflejan y son el resultado de las particularidades culturales

Es evidente que los valores, normas, costumbres, artefactos y modos de organización social influyen en las ideas que sostiene el hombre de la calle. No obstante, queda por conocer el alcance de esta influencia, tema que ha generado una interesante polémica entre lo particular y lo universal del sistema cognitivo humano.

Por un lado, los investigadores más interesados en los universales cognitivos parten de un modelo de mente humana de plasticidad limitada. En este sentido no habría "programas mentales" totalmente diversos según el ámbito sociocultural. Por el contrario, existirían una serie de constantes universales como, por ejemplo, la categorización del entorno (Rosch, 1973, 1975; Rosch & Mervis, 1975), el uso de heurísticos en el razonamiento (Kahneman & Tversky, 1973; Nisbett y Ross, 1980; Kelley y Michela, 1980), la interpretación de expresiones faciales, etc. Por otro lado, los investigadores, en mayor o menor grado, admiten que el conocimiento de nuestra especie no se limita a un ajuste con el ambiente ecosocial, sino que crea artefactos culturales nuevos (De Vega, 1983).

Es evidente, que existe un "estilo humano de conocimiento" (de Vega, 1983). Algunos datos que lo respaldan son la existencia de heurísticos de alcance universal, de procesos de atribución presentes en el "pensamiento mágico" de los primitivos, etc. No obstante, aunque el "soporte" sea parcialmente uniforme, no garantiza la unidad de contenidos entre culturas. Las diferencias en el uso y significado de los conceptos, en el proceso de categorización, y en la articulación de todas las representaciones mentales dependen de la utilidad, familiaridad e interés que tengan para la comunidad. Esta interdependencia entre cultura y representación cognitiva ha

tenido siempre defensores en la Psicología Social (Thomas & Znaniecki, 1928; Mead, 1943) y en el pensamiento europeo. Desde una perspectiva empírica, la mayor parte de los trabajos se han centrado en variables macrosociales (Cattell, 1949; Rummel, 1972; Sawyer, 1967) y tan sólo recientemente, se ha notado un fuerte interés por lo subjetivo: las normas y valores percibidos (Triandis, 1972; Hofstede, 1980) y la percepción y representación de episodios sociales (Forgas, 1982; Forgas y Bond, 1985). Estos resultados y nuestra experiencia son, en suma, el primer indicio de que las diferencias culturales en las teorías posiblemente afecten a los contenidos y no a sus características estructurales.

Conclusiones

Aunque en la historia de la Psicología Social siempre ha tenido importancia la psicología del sentido común, apenas se ha abordado sistemáticamente su estudio. El nuevo concepto de teoría implícita, conectado a las investigaciones sobre los esquemas, así como la reelaboración del término representación social abren, a nuestro juicio, vías prometedoras de aproximación a los sistemas de pensamiento del hombre de la calle. Deseamos, en este sentido, que no ocurra como con otros tantos conceptos psicológicos y que, antes de aplicarlo febrilmente a cualquier situación social, exploremos y debatamos detenidamente su naturaleza teórica.

Referencias

- Bartlett, F.C. (1932/1977). *Remembering: A study in experimental and social psychology*. Cambridge: Cambridge University Press
- Cattell, R.B. (1949). The dimensions of culture patterns by factorization of national characters. *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 44, 443-469.
- Durkheim, E. (1898). Representations individuelles et representations collectives. *Revue de Metaphysique et de Morale*. VI. 273-302.
- Fischhoff, B. y Bar-Hillel, M. (1984). Diagnosticity and the base-rate effect. *Memory & Cognition*, 12, 402-410.
- Forgas, J.P. (1982). Episode cognition: Internal representations of interaction routines. En L. Berkowitz (Ed.), *Advances in Experimental Social Psychology*. Vol. 15. New York: Academic Press.
- Forgas, J.P. y Bond, M.H. (1985). Cultural influences on the perception of interaction episodes. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 11(1), 75-88.
- González, R. y Rodríguez, A. (1985). *Mujer y trabajo: Un acercamiento desde las teorías implícitas*. Comunicación presentada al I Congreso Nacional de Psicología Social. Granada.
- Hofstede, G. (1980). *Culture's consequences. International differences in work-related values*. London: Sage Publications.
- Holyoak, K.J. y Gordon, P.C. (1983). Social reference points. *Journal of Personality and Social Psychology*, 5, 881-887.
- Jodelet, D. (1984/1986). La representación social: Fenómenos, conceptos y teoría. En S. Moscovici (Ed.), *Psicología Social*, vol. 2. Barcelona: Paidós.
- Kahneman, D. y Tversky, A. (1972). Subjective probability: a judgment of representativeness. *Cognitive Psychology*, 3, 430-454.
- Kahneman, D. y Tversky, A. (1973). On the psychology of prediction. *Psychological Review*, 80, 237-251.
- Kelley, H.H. y Michela, J.L. (1980). Attribution theory and research. *Annual Review of Psychology*, 31, 547-501.
- Kintsch, W. (1974). *The representation of meaning in memory*. New York: Wiley and Sons.
- Lau, R.R. (1984). Dynamics of the attribution process. *Journal of Personality and Social Psychology*, 46, 1017-1028.
- Markus, H. (1977). Self-schemata and processing information about the self. *Journal of Personality and Social Psychology*, 35, 63-78.
- Mead, G.H. (1943/1953). *Esplritu, persona y sociedad*. Buenos Aires: Paidós.
- Medin, D.L., Atom, M.W., Edelson, S.M. y Freko, D. (1982). Correlated symptoms and simulated medical classification. *Journal of Experimental Psychology: Learning, Memory and Cognition*, 8, 37-50.
- Miller, D.T. y Porter, C.A. (1980). Effects of temporal perspective on the attribution process. *Journal of Personality and Social Psychology*, 39, 532-541.
- Minsky, M. (1975, June). Frame-system theory. En R.C. Schank y B.L. Nashwebber (Eds.), *Theoretical issues in natural language processing*. Preprints of a Conference at MIT.
- Moscovici, S. (1981). On social representation. En J.P. Forgas (Ed.), *Social Cognition*. London: Academic Press.

- Moscovici, S. y Hewstone, M. (1984/1986). De la ciencia al sentido común. En Moscovici (Ed.), *Psicología Social*. Vol. 2. Barcelona: Paidós.
- Nisbett, R.E. y Ross, L. (1980). *Human inference. Strategies and shortcomings of social judgments*. New Jersey: Prentice-Hall.
- Ostrom, T.M., Lingle, J.H., Pryor, J.B. y Geva, N. (1980). Cognitive organization of person impressions. En R. Hastie, T. Ostrom, E. Ebbesen, R. Wyer, D. Hamilton & D. Carlston (Eds.), *Person memory. The cognitive Basis of Social Perception*. New Jersey: LEA.
- Piaget, J. (1926/1933). *La representación del mundo en el niño*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Read, S.J. (1983). *A knowledge-based model of causal reasoning*. Informe no publicado. Northwestern University.
- Rodrigo, M.J.; Rodríguez, A. y Marrero, J. (1994). *Teorías implícitas. Una aproximación al conocimiento cotidiano*. Madrid: Aprendizaje Visor.
- Rodríguez, A. (1981). *Una explicación cognitiva al paradigma de la conformidad*. Tesis doctoral no publicada. Universidad de La Laguna.
- Rodríguez, A. y González, R. (1987). Estructura interna y capacidad predictiva de las teorías implícitas: Un estudio sobre la mujer. *Revista de Psicología Social*, 2, 21-41.
- Rogers, T.B. (1981). A model of the self as an aspect of the human information processing system. En N. Cantor, y J.F. Kihlstrom (Eds.), *Cognition, Social Interaction and Personality*. New Jersey: LEA.
- Rosch, E.H. (1973). Natural categories. *Cognitive Psychology*, 4, 328-350.
- Rosch, E. (1975). Cognitive reference points. *Cognitive Psychology*, 7, 532-547.
- Rosch, E. y Mervis, C.B. (1975). Family resemblances: studies in the internal structure of categories. *Cognitive Psychology*, 7, 575-605.
- Rosenthal, R. y Jacobson, L. (1968/1980). *Pygmalión en la escuela. Expectativas del maestro y desarrollo intelectual del alumno*. Madrid: Marova.
- Ross, L.D., Lepper, M.R. y Hubbard, M. (1975). Perseverance in self-perception and social perception: biased attributional processes in the debriefing paradigm. *Journal of Personality and Social Psychology*, 32, 880-892.
- Ross, L.D., Lepper, M.R., Strack, R. y Steinmetz, J. (1977). Social explanation and social expectation: effects of real and hypothetical explanations on subjective likelihood. *Journal of Personality and Social Psychology*, 35, 817-829.
- Rummel, J. (1972). *The dimensions of nations*. California: Sage Publications.
- Sawyer, J. (1967). Dimensions of nations: Size, wealth and politics. *American Journal of Sociology*, 72, 145-172.
- Schank, R. y Abelson, R. (1977). *Scripts, plans, goals and understanding: An inquiry into human knowledge structures*. New Jersey: LEA
- Schneider, D., Hastorf, A. y Ellsworth, P. (1979). *Person perception*. Massachusetts: Addison-Wesley.
- Schutz, A. (1932/1972). *Fenomenología del mundo social*. Buenos Aires: Paidós.
- Sherman, S.J. y Corty, E. (1984). Cognitive heuristic. En R.S. Wyer y T.K. Srull (Eds.), *Handbook of Social Cognition*, Vol. 1. New Jersey: LEA.
- Shrauger, J.S. y Lund, A. (1975). Self-evaluation and reactions to evaluations from others. *Journal of Personality*, 43, 94-108.
- Smith, E. y Miller, F. (1983). Mediation among attributional inferences and comprehension processes: initial findings and a general method. *Journal of Personality and Social Psychology*, 43, 492-505.
- Snyder, M. y Swann, W.B. (1978). When actions reflect attitudes: The politics of impression management. *Journal of Personality and Social Psychology*, 34, 1034-1042.
- Srull, T.K. y Gaelik, L. (1983). General principles and individual differences in the self as a habitual reference point: an examination of self-other judgments of similarity. *Social Cognition*, 2, 108-121.
- Swann, W.B. y Read, S.J. (1981). Self-verification processes: How we sustain our self-conceptions. *Journal of Experimental Social Psychology*, 17, 351-372.
- Thomas, W. y Znaniecki, F. (1928). *The polish peasant in Europa and America*. New York: Dover.
- Triana, B. y Rodrigo, M.J. (1985). El concepto de infancia en nuestra sociedad: una investigación sobre teorías implícitas de los padres. *Infancia y aprendizaje*, 31-32, 157-171
- Triandis, H.C. (1972). *The analysis of subjective culture*. New York: Wiley.
- Tversky, A. y Gati, I. (1982). Similarity, separability and triangle inequality. *Psychological review*, 89, 123-154.
- De Vega, M. (1983). Sobre el Pensamiento Científico. *Revista de Investigación Psicológica*, 1, 9-22.
- Weber, M. (1922). *The theory of social and economic organization*. New York: Oxford University Press.
- Wegner, D.M. y Vallacher, R.R. (1981). Common-sense Psychology. En J.P. Forgas (Ed.), *Social cognition. Perspectives on everyday understanding*. London: Academic Press.